

Escorial

Escorial/ Gabriel Gómez Saavedra
–1ª ed. Buenos Aires, 2013–

ISBN XXXXXXXX

© Gabriel Gómez Saavedra
© Huesos de jibia

Pasaje Robertson 522
(1406) C.A.B.A.

www.huesosdejibia.com.ar
huesosdejibia@gmail.com

ggomezsaavedra@gmail.com

Edición: Walter Cassara
Diseño de la colección: Nat Filippini

Diseño de tapa: Pedro José Giraldo
Ilustraciones de tapa e interior: Viviana Rivadeo Monteros
Fotografía de solapa: Mariela Romero
Maquetación: Maurice Brosandi
Corrección: Laura Gómez Palma

Hecho el depósito que indica la ley 11.723
Impreso en Argentina

GABRIEL GÓMEZ SAAVEDRA
Escorial

PRÓLOGO

BERNI EN LOS SUBURBIOS

La pregunta por el sentido de la poesía recorre las líneas ubicuas del orbe y se inicia en los albores del mundo. Esa pregunta tiene respuestas múltiples y todo poeta es proclive a plantearse la bajo la forma de un poema. Todo poeta escribe su arte poética y lo hace casi siempre de manera explícita. Una de las virtudes del primer libro de Gabriel Gómez Saavedra es que escribe su arte poética sin escribir un poema sobre este asunto y sin cantar a los cuatro vientos que ha encontrado su “tono”, su música furiosa o calma en las amplias arenas del oficio.

En ese sentido, su libro no es ni ampuloso ni pretencioso. Hay un tono sereno y honesto que recorre sus líneas. A la vez, *Escorial* contiene un modo indirecto de mirar el mundo. Lo barroco no está en la forma o en el verso sino, quizás, en el punto de vista, en la lupa indirecta para encarar lo cotidiano. Esa mirada distorsionada y precisa acaricia los versos y convierte al libro en un proyecto, al menos, inusual.

El Escorial es el nombre de un municipio español. Pero también es un conjunto de escoria o de basura. Esa materia inmunda, la basura como forma del desperdicio, es el tesoro o la música de fondo que suena como bajo continuo en los poemas de Gómez Saavedra.

Gómez Saavedra expurga la materia de la palabra y busca, en esa calculada investigación, un modo de entender el mundo y la poesía. A Gómez Saavedra no le interesa ni la tradición ni la pura y mera innovación. Le interesan ambas. Toma del pasado lo que le sirve y escribe poemas que remiten, lejanamente, a las búsquedas populares de la canción. Toma de las innovaciones vanguardistas la ruptura sintáctica y rítmica y construye con eso una manera quebradiza de escandir los

versos. Obtiene con esa operación las líneas abstractas de una música muda.

Escorial es un poemario atípico que alcanza su forma en un cruce acertado. Fusiona dos estéticas, dos maneras de encarar el mundo: la milimétrica mirada del observador melancólico y la mirada extraviada y distorsionada del vanguardista. En ese cruce inusual, se abre *Escorial*.

Gabriel Gómez Saavedra ha pergeñado un libro extraño en las letras provinciales: no sólo escapa al canto pop de la sirena noventista, sino que abre una puerta a una combinación oportuna y precisa. El libro yuxtapone la amable forma de lo cotidiano y la abstracción rupturista. Lo vivido es visto con la lupa quebrada de la lengua y la tradición es atemperada desde la clave de la ruptura.

El libro escapa a los dictámenes de la moda, de las capillas –o casillas– literarias. Sigue un camino que tiene antecedentes en Groppa, Sylvester y Castilla y que reinaugura con temprano sello personal. Con el pan sanguchero de la Avellaneda tocado por un verbo sincopado, con la rutina del ingenio azucarero vista desde la sintaxis del experimento, Gómez Saavedra arma un rítmico mundo verbal.

Este es el primer libro de Gabriel Gómez Saavedra. No lo parece. Dueño de un tono indirecto y voraz, recorre las experiencias rurales y citadinas en la penumbra de la vanguardia, con la rara linterna de la modernidad.

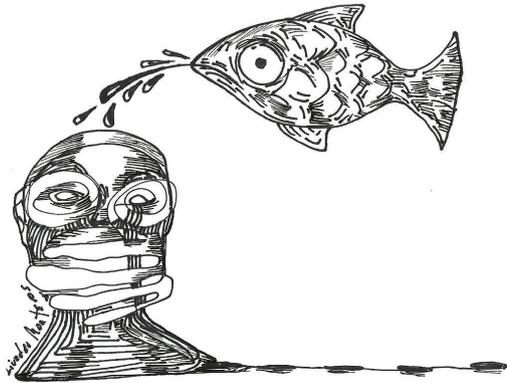
Leer *Escorial* es respirar aire fresco y, a la vez, escuchar la música nocturna de Antonio Berni en los suburbios tucumanos.

Decir de un primer libro que no parece el primero es muy bueno. Pero mejor es decir esto y a la vez que genera enormes expectativas sobre la poesía futura. Este es el caso de *Escorial*.

Fabián Soberón

(Yerba Buena, 14 de febrero de 2013)

*A aquella lectura
que de niño me hizo mi abuela
de El Príncipe Feliz de O. Wilde,
porque su halo invade este libro.*



Las luces! –gritaron. Fue como un espasmo. Y empezaron a tragarse unos a otros.

La ciudad estaba a oscuras.

INÉS ARÁOZ

Urbano

La ciudad chica
alzada se expande
por engranajes de dinámica amontonada.
Así, cuesta poco
confundir un rastrojo de memoria
que nos increpa los tobillos
—cada vez más agotados—
por los diarios solazos—,
con el olor que expele la rata
que salió a morir
a la vereda de avenida Salta.

Propietarios

A Mariana

¿Te acordás
de aquella mañana en el edificio del correo?
Todo en ella
era
de falsa agua mansa y amarilla.
Entonces, vimos a la niña en su juego
manquita
y, por la mirada,
deshidratando la substancia de la savia.
Casi
fuimos capaces de inmolar
el sobrio viento del día
para apropiarnos de la imagen,
para caer atrás
de lo que cae por los ojos
de la infancia pintada por Gómez Cornet.

Cuando la tarde nos dio su tacto
todo
sobraba.

Y el horizonte,
renovado fugitivo
de las perras ganas por estrellarle
los autos contra la sien.

Una yegua

Con el esqueleto adelantado
y la pata atascada
está.

La yegua
convocando a la última línea del aire
comienza a parir.
Nosotros
hábilés en posterizar
el caníbal del presente
le apuntamos
con las cámaras de los celulares.

Las sombras de las moscas
sudán
carro arriba
el único círculo de fiel arrimada.
La naturaleza
descabezada
ha reproducido el suyo
y puebla el ecosistema
del desamparo.

Libélula

Lo están durmiendo
el conjunto de ranas que escalofría
desorientando constelaciones
y el agua del canal –raspaje de las latas–.
Hirviéndole grillos
o vidrio molido
para el desafilado séquito de reflejos
que le coronarán la frente.

Y, mientras entrecierre el recuesto,
esbozará un rezo al sauce de la avenida
para que éste
se indulte la gravedad
así, cuando pase a su lado
con la sobrinita en brazos,
los cariños nutrientes que le diga
amadrienen las caderas de las libélulas.

Quizás
en noche postrera
increpe a la luna –huesito de naufrago–
por no lapidar la media memoria
de un corso embarrando
lentejuela y goma espuma
en semen de hienas.

Enfisema

La hendidija recurrente de un sueño
solía encontrarla de pie
dentro de la selva del Cochuna.
Multisensorial,
dándose
contra el canibalismo de contornos
que regurgita en la maleza,
y en el mudo robo del alma por los espejos
ejecutores
de los instantes de la niebla.

Entonces, la mujer soñando
ya se sabía perdida de todo rastro;
sólo una sensación quieta,
como presentir cercano un río
al que nunca se llega.

Cuando despertaba
cáustica
con las venas en el invierno,
garabateaba la constricción
por intentar reconocer la puerta
en el hollinado mural del aire
quemado
por los apuros de la zafra.

El sol de la mañana
le recordó a su corazón,
ayer la sepultaron.

Impresionismo

El flamante edificio legislativo
descuida su reflejo
y lo vuelca
al agua reventada de la calle.
Las oscuras materias que flotan
deforman y espuman
las rectas precisas de los cristales.

Sólo a las nubes de esta mañana
no les aterran los desbandes
de la morfología.

Invernal de avenida Avellaneda

Ubicarse en la parada
a contraste de un cielo aún fundido,
por duro y primario,
basta
para empezar a recibir el murmullo
del mapa de los precipicios
que habremos de acomodar
para la jornada.

No importa
cuánta molécula de luz,
como insecto,
salpique la ventanilla
violentando
al párpado aceitoso.
Esta avenida
sigue siendo la lengua
haciendo cauce entre muros viejos
que de a poco
se van arrodillando.

... No ha de saberse
si es helada o ceniza
lo que entrama en los hombros
de los que licuaron la noche
en las veredas.

Sí podría jurarse
que nunca el sol demoró tanto
la asomada,
que los pájaros
requisan rincones
por hallarse la voz.

Bajar
con estos pies a destino
será asumir la forma del leproso
que añora
sus pedacitos abandonicos,
mientras se semillan los relojes
que quedan
por consultarle al día.

Bifurcación

La Muerte
rotuló el cuello de la mujer
con un piolín de albañil.
Luego, flotante de rojos,
bajó el pasillo del hotel
y agotada
fue a diluirse en las calles de El Bajo.
Ya la colorean las constelaciones
de plástico falsificado
y los vidrios marrones
con que se hidrata
al twister de las cumbias...

El homicida la busca
para su propia vida
entre el óxido humilde
de las cruces de sus abuelos.

Mano

Y sí,
podría no estar
y sin embargo
hace su aporte cortando
el tacaño airecito de la siesta.
Uno la mira y se dice:
“no sirve ni para dar
la más elemental de las señas,
ni para ahuyentarse los mosquitos”.
Es mano mendiga.
De su estirpe es propio
sostener un hoyo
como musgo empollado.

El que está detrás de la mano
ciertamente
no está.
No sabe
que podría ser
una estatua trepada
por las bocinas que se reproducen
en el celo de la calle 9 de Julio
o la improlija caligrafía
trazada
en el fresco cemento
de la vereda.
No sabe que no está
pero no le importa.
Sabe muy bien
que ha fusilado
el límite geopolítico de los días
y que,
si nos atreviésemos a tropezar con sus ojos,

los andamios
sobre los que andamos
se partirían en toda su fragilidad.
Y ya no habría noche
en la que podamos dormir solos
y a oscuras.

Por eso
aunque no esté,
aunque nunca estuvo,
saca la mano
y pide.

Manuel

*A José L. Cala
que me lo contó*

Escarpado
se mira en las manos
y cae por la anchura
de un cielo macizo.
Si intenta cerrarlas,
a medio camino lo estaquean.
Los años,
dentro la libada ausencia
de fierro y cosechas,
aúllan su peso
en las palmas.

Mañana,
en el taller municipal de guitarra,
el profesor
nuevamente
reprobará su digitación.

El lector

Lo alzó entre las manos
para cubrirlo
del morbosos jugueteo del perro.

Pensó:

“otro gorrión interrumpido
contra la mampara de la galería,
otra ausencia minoritaria
para esta especie abultada
y sin lustre”.

(Arriba una avioneta
repetía
la publicidad de un circo)

Al mirar
por el agüita asesinada
que se paraba
en el ojo del caído
repentinamente sintió
cómo se nublaban y perdían
todas las palabras de su lenguaje.
Metido entero
en aquel analfabetismo,
como dentro de un viento
sin fricciones,
abrió brevemente su torso
con el mejor de sus cuchillos
e insertó allí
el peso despojado
del cuerpo del pájaro.

A partir de aquel hecho
cada vez que lo rapta el impulso
de leer un poema,
arrima el libro al pecho
y, como dichoso entonado
de un cielo prestado,
deja que el gorrión
ladre.

Suicida

*¿Por qué viene la baguala
y aquí se pone a doler?*

MANUEL J. CASTILLA-ROLANDO VALLADARES,
“Canción de las cantinas”

No pensaba ya
en los templos desviscerados por las mayúsculas
con que los hombres mensuraban su nombre
y lo alejaban.
Ahora sólo quedaba espacio
para extender la mirada hacia el follaje
de los árboles de Plaza Alberdi.

Esbozaba el aire de volcar
todos los cielos ausentes para el porvenir
en el concentrado infinito
de una flor de tarco,
cuando vio pasar
a un apocado niño cargando,
en el mohoso intervalo tambaleante de las costillas,
una transparente incomodidad que se confundía
y que él reconoció
como a uno de sus cadáveres;
anoche también
había divisado otro,
pero como un ahogado
en la pulpa fatigada de los ojos del caballo
que tiraba el carro de un cartonero.
Aquello lo vistió de la angustia:
un regusto a barro de ceniza
sólo equiparable a aquel
donde se extravió, irrecuperable
y de bruces,

cuando escuchó por primera vez *Canción de las cantinas*
(interrogatorio
puesto al lomo irresuelto de una noche;
expiando laberintos de la osteoporosis del vino).

Entonces, Dios comprendió sus ganas
de elegir un banco,
acurrucarse, inabarcable y fetal,
y abrirse el cuello para que la muerte le entre y se abisme
a falta de madre
que lo arrulle.

Así estamos

*A Carucha
y a mis amigos con sus canciones*

A pesar
de lo que suele creerse
nada se pierde
en el lote de la Noche.

Cierta vez
abandoné la mirada
entre encerronas de humo,
cuando por ella volví
allí estaba
temblando raspada
de tanto pasear las imágenes
de naufragios compartidos
por amigos tironeados
hasta el extremo de las botellas.

En otra ocasión
mi boca fue la perdida.
Supe hallarla
revolcadita al costado
de la reverberancia de unas canciones
y sus tercas memorias desfondadas;
con el sol en picante vertical
todavía al canto se sometía
y agrio
el alba
planeaba sobre la sangre.
(Quizás
hubo una llovizna para la guitarra

y un cielo bajo
para el Barrio Sur,
pero no logro rearmarlos
ni están las señales
para su rescate).

Cuando las manos fueron las caídas,
volvieron cruzadas
con las costuras de otras manos,
ayudándose a dibujar el idioma
con que se nombran los fantasmas
que usurpan
los intersticios del presente.

La Noche
no glute.
Escupe las cosas
que se le caen adentro,
las enjuaga en el ácido de su alma
y las devuelve
espoleándolas
hacia la dignidad de lo vulnerable.

Sé
que en un momento cualquiera,
entre el comienzo o fin
de un último verso,
habré de entregarle a pleno mis contornos
y
para cuando me descubra
no sabré reconocerme.
Hasta que eso suceda, Noche:
dame tu noche
como una ofrenda.

La casa de la calle Rioja

A Viviana Rivadeo Monteros

¿Qué intenso río
abrumó paredes y pasillos
y ahogó con un manto en estado salvaje
este amparo tan nuestro?

¿Habrán resistido al silencio
los seres que habitaban los cuadros,
incluso a pesar
de su anfibia anatomía?

¿Y las risas inaugurales de la niña?
¿Estará hundida su virtud necesaria
de detonar cualquier aire
que intentaba viciarse?

Si hay un mapa posible
para contener el nombre de este río
debe estar transcripto
en braille.
(Ha expulsado
toda noche guardada
en los más alumbrados recodos
de inventarios internos).

... Adentro,
opacos peces de escombros
se reproducen
sin redes
que los reduzcan.
Nosotros,

mirando por el ojo de la cerradura,
desiertos
recordamos la casa abierta.

Noviembre

Anclados los herrumbres
de las dolientes palabras,
cerramos el recuento
de cuánto color de pájaro
sofocamos contra la tierra.

Ventana adentro
las nubes
desarrollan un tonelaje
para toda la sombra.

A partir de este día
sabremos
que no ha de haber fenómeno
más vital y preciso
para levitarnos el llanto
que el de la lluvia
degollando el yuyal
del baldío de enfrente.

Casa

A Cuny

Sabe que la casa
remoja su pulso
en la orilla de los años y los espejos.
Sabe que aún
bajan a beber de la piscina
murciélagos rasantes.

Como inquilino
de la habitación trasera
diagramará el conjuro que descabece
la biografía de su nada
(por si otro amanecer
marchita).
Pero,
atrofiada la tarde
funde eucaliptos linderos
y ahoga su naranja
en los vidrios de la tapia.

La lechuza
puede salir
breve
a chillar su calavera.

II



*Y las cañas irrumpen,
me desnudan
a cada golpe largo...*

MANUEL SERRANO PÉREZ

Desmonte

Era la tensión partida como de lágrima.
Flecha flechando y flechada en la memoria de los sonidos
primarios.
Era enramándose el salto.

Era una corzuela.

Cuando la topadora puja
va por la reversa de las nervaduras
y el seno sofocado de las savias
cae
alimentando al engendro desorbitado
de los fuegos.

La soja ya puede abrir.

Que sea el polvo bajo los polvos
y en los remolinos sean los vacíos.
Y sea la espina
saludable en la carencia
con sus ciegas lacradas y de pie.

Sea lo perdido.

Era una corzuela.

Santa Ana

Viento:
apúrese a presenciar lo que resta.
La sombra empequeñece ya
por el blanco manotazo
de la luz pesada.

Ahí tiene al árbol raro
licuado en los asombros
e innostrándose
por los oscuros del parque.
Allá al cerro
en raíz recibiendo
la anémica litografía de las colonias.

Desensille sin miramientos
el polvo descerebrado,
los rostros que lija
son de cargar un gesto partido;
que cuelgan en la estación arrancada
para conversar con él
hacia atrás.
Hasta regresar
con un golpe
verde
caña.

Eso que siente ahora,
como un órgano extraño
empezándole el vientre,
es el metal celebrante del azúcar
y la digna mitología
de patronos cebando

con lengua de machetes
sus demonios privados.
Pero pronto reconocerá
en ello
el sabor osario de espejismos
minando la memoria.

Su paso será lisito, Viento
lo que hay en pie no alcanza
a estorbar el camino
ni a costear la vuelta.
Ariadna sentadita
en vencidas chimeneas
malogra su tarea
ovillando
con herrumbre.

Media sombra

A tu horizontalidad vamos
por esta ruta
y esta tarde apretada que calcina.

Con saludos esquivamos los ojos de antesala,
como el canto fundido del gallo
que resbala en los tobillos.

Esperás la noche en la piccita
donde cabe un llanto de a gramos,
pero no está para venir.
(Tu cara puesta al ventilador pide, y no viene).
Se ha atorado
tras los dos bastones de tu padre
y no saca siquiera
la estrella primaria
a relevar tu silencio.
Ése que henchiste tan blando para el mundo,
parándolo giba
hasta en la última fiebre.

Salimos a buscarnos un rato
por esta hora que está de camuflaje
—no sé por qué recuerdo,
como si fuese yo el velado,
a la perra descaderada
y no a la guitarra
que parecía afirmarte—.
Entonces,
el olor acolchado del tabaco
me percata
que no queda ya en el pueblo

un solo rincón
donde no esté sentado
un fantasma que amablemente pregunte
¿cómo le va m' hijo?

Hombre con esquina

A Juan M. Gramajo

Si esta esquina
no estuviera clavada
al hombre de la silla de ruedas,
sería otra oquedad
y las sombras de los tiempos
andarían sus vaciaderos
sin que nadie las contenga.

De sustracción a sustracción
la retina del hombre
ubica
entre los pocos niños que juegan contra el invierno
a aquellos días –con todas sus noches–
donde la sangre le anunciaba al fuego
la hora de salir a presentarle
a la razón atragantada
la estrella germinada con cinco puntas rojas.

Hombre y esquina,
como dentro de niños,
vibran irreparables.
La mirada
prófuga
se posa luego
en el hueco perdiendo hijos
que son los restos del ingenio azucarero.
Para amansarla,
deberá ser hundida
en el azul cercano de los cerros
que, limpia,
hace respirar a la mañana.

... Antes del mediodía
verá llegar a su perro
a olfatear la sombra de las piernas
que le arrastró la diabetes.

La opción

Por lo menos
antes
teníamos al montecito
como para ubicar la referencia
de las siluetas sensitivas.
Nos acostumbramos a ver
hacerse la luz
desde el suelo de las sombras
cuando éstas
venían inyectadas de sal
por la estrella provinciana del sur.

Ahora
que han bajado el montecito
y el carancho aísla
su embudo de carroña
que, pronto trocará
en enloquecida esfera
de infinita nada,
no habrá
opción más práctica
que sentarse frente a las casas
a talarse los ojos.

Rumi Punco

A mamá

El nombre sabe y suena
a cuchillo oxidado,
mientras los aromas regresan ahí
la humedad de sus ojeras.

No se puede determinar. La siesta le llega como estando
y se abandona a la taxidermia en la lengua de los perros
[echados.

Más tarde sacan el intocable canto las luciérnagas
robado de los fragmentos de capillas ardientes
que no soportaron el silbo de las ánimas,
ya que cada una repite y recuerda
lo irremediabilmente hondo
que caen todos los atardeceres.

A esta instancia de paisaje
se alistan los palos borrachos que bordean las calles
en algo similar a fundar una frágil comarca.
Aunque Aníbal no entienda
que sus florecimientos ablandan el fondo de las montañas.
Él prefiere quedarse con las cortezas
para cruzarlas en su armónica,
desatando la melodía
que desacomoda las estrellas;
así la noche conserva su seda de los milenios
con un desgarro.

... No llamés al caballo.
No lo hagás Pancho Saavedra,
que por tu boca hace fluir sus cascos

de un trueno que desampara,
que nos deja desnudos;
que son veloces...
Que el caballo es negro.

Quedate en las manos de Leonor,
ella te tiene una madre para que tanto cielo no se te deba,
mientras hila sus cigarros de chala.

Quedate que hay túneles
difuminados de lluvia y vegetal
y en ellos sólo cabe el nunca. El tren no los encontró.

... Estará siempre de agua blanca,
entre las sombras colgantes del tabaco
y las afatas,
el pueblo.

El sepulturero

Un último incienso pasa por sus ojos
y ya no quiere preguntarse
cómo y por qué
asumió la forma de lo respirable
esta paciente voracidad
descendida por la rama del calendario.

Sabe
que basta una grieta para inventariar las pertenencias,
llámense calle
que siempre parece abordada
por el último auto de turistas
cargando una caries por el lente,
casas en torcimiento
o hijo viajando, cual sabueso,
tras algo parecido a la dignidad.
Hasta que la grieta, plena,
deje pulular, crecientes,
las tertulias de los silencios;
ésos que se buscan un contenido
inmemorialmente perdido.

Siempre y de soslayo
el quetupí le ultrajó la oreja crepuscular
pero ya ni eso,
ni las dinámicas odiosas a las que suelen obligar
las inundaciones cuando tiranizan por su casa,
lo despabilan.
Ayer tuvo que entregar un muerto,
los familiares lo trasladaban a un cementerio privado
(observó
que habían barreteado

más placas de bronce).
Ayer también, soñó de siesta
que la Virgen le entregaba su manto
antes de desmoronarse,
y que él lo olvidaba
sobre una silla
distráido en dejarse esgrimir
como una cerveza más
por la fiesta patronal y su música recalcitrante.

Catador manso de la ceniza
con la sombra inclinada
acariciando de sobrevuelos
este jardín igualitario
de huesos, dones, honores y mentiras.
(Los años dan
en la transpiración
y en la artritis).
¡Deje ya de percutir la pala
desafilando la tierra,
que el pozo responde a su estatura!

Total, todos aprenderemos a familiarizarnos
con un racimo de plásticas flores
para saciar la necesidad
de desalinearnos
del riego.

Viaje a la ciudad

Mientras la atrasada escarcha de la banquina
espera un peso que la parta,
sacamos a rodar nuestra cáscara
aún sonámbula.

La aurora
tose resoplidos
que percuden al dios que armamos
—siempre incompleto—
antes de dormirnos.

Pasajeros apretados,
de la única opción que presta
el *auto rural compartido*,
conjugamos
y diluimos
los primeros diálogos
que no nos importará recordar
al final del día.

Entonces volcamos
a esta urna de chapa batiente
las necesidades
con sus distancias
que aprendimos a colectar.

Afuera la luz
empieza en las garzas
que, en intenso contraste con la tierra,
mendigan sus restos
a la estela del arado.

Los ecos

A mi viejo

La abreviada silueta del abuelo
se desanda
por los humos vocalizados de la torcacita
y arrodilla,
en mi hermano
y en mí,
el mendrugo
o quizás tabaco
de no irse con la mediatarde.
Y el hundiente matecocido
y la cáscara de las palabras
donde no estuvimos
nunca.

Entierro del carnaval

*Creo que lo gastamos
por el cuesta abajo de alguna calle...*

Otra vez las espaldas
y estas uñas que retienen orfandad
cuando me hace sentir inconcluso
el boca arriba
de los alcoholes.
... Pastorean cruelmente lejano
al hilante sangrado del joi joi,
entonces
quedo convencido de cierta irrealidad...

Corvo, lo solo le deja
la poca luz flameante de la albahaca;
de cuando la mujer improlija le atentaba la boca
con la irrecuperable cartografía
del andar del río.

Miro atrás, y adelante es lo mismo...
Otra vez saboreando la harina del aire en descenso.
Otra vez me llaman desde abajo
y debilitado reconozco
con el oído
lo que resume el tiempo
por las raíces de los algarrobos.
... Ya me pesan los diablos de ferrite
desdibujándose en mi cara.

¿Por qué de nuevo me guarda
la luna uterina de Amaicha
confundiéndome

con una cría de las heladas?
... ¡Ay, pero estoy tan blando!

Los escalofríos
irán acostumbrándose
a ese latido cerrado
sin tener que recordar
que ahí
lo puso el olvido.

Leda Valladares

¡Lo que debe haber sido
despertar cierto día
con la conciencia de que la piedra
podía abrirse en hembra
y dar parto
a un agua alucinada!

Algo así
como andar resucitada
entre tanto cielo ancho
condensado
por un acento en los parches.

Debió dar lo mismo
poder ver
que haberse quebrado los ojos
centurias atrás.
Porque las propias fronteras
ya estaban mutadas en frascos abstractos
y la única certeza
parada sobre esta luz, que estuvo siempre,
pasó a ser
la del cardón
adentro de su supervivencia.

Valle

Nos quedemos
un tiempo más
sublimados bajo el valle intenso.
Nada puede andar el aire ya
sin que éste
no lo haya traslucido,
sólo a las ramas de los chañares
se les permite el contraste
para techarnos la huella secreta.

Nos quedemos...
y soltemos las aguas de adentro
a lavarse
de tanta velocidad
con que se escombra lo entrañable,
de tanta ausencia ambulante
con su brújula imantada.

Nos quedemos...
deshuesados en la noche
que por su fresco cascarón
se atraviesa
a toda potencialidad del alba,
y haremos
reconocer lo contingente
en el reflejo de lo absoluto.



Últimos títulos publicados

Walter Cassara

Nostalgia y otros poemas

Laura Gómez Palma

Fin de gira

Joseph Brodsky

Canción de cuna y otros poemas

Traducción de Daniela Camozzi y Walter Cassara
(2ª edición corregida y aumentada)

Fabián O. Iriarte

Las confesiones

María Elena Campero

Cuentagotas

Joaquín Valenzuela

La casa del deshielo

Ramiro Pelliza

La inquietud en la inercia

Marcos Llamedo

Bajo la piedra de la noche

T. S. Eliot

La tierra baldía

Traducción y prólogo de Walter Cassara

Impreso en mayo de 2013 en LA IMPRENTA YA,
Av. Mitre 1761, Florida, Buenos Aires, Argentina.